

La resignificación en historia política: el dialogo con la politología y la recepción de la teoría de la historia efectual

Romeo Pérez Antón

1. Introducción

El texto que sigue tiene que ver con cuestiones que suscita la investigación interdisciplinaria de historia y ciencia política, de historiadores y politólogos cuando forman equipos para abordar objetos particulares. Esas cuestiones se inscriben en el plano de los paradigmas y coexisten, naturalmente, con otras que se sitúan en los niveles de la filosofía, las teorías de la historia y la politología, la metodología y las técnicas de indagación. No pueden ser resueltas, o por lo menos mejor planteadas, sin pasar algunas veces a los demás planos, lo que intentaremos hacer con fluidez. De modo que discurriremos por todos los niveles mencionados, en virtud, según creemos, de exigencias del tema asumido. Nuestras ambiciones, en todo caso, son modestas y se asocian en concreto a la fecundidad de la colaboración de nuestras dos disciplinas en relación a asuntos de la vida política uruguaya.

Queremos aclarar ya un aspecto de la terminología aquí empleada. Nos hemos inclinado por *resignificación* en lugar del mucho más frecuente *revisión*. Pero el fenómeno o la práctica aludidos son los mismos: los cambios sustanciales de las visiones históricas, de los actores y sus conductas, de los antecedentes y las consecuencias, de las periodizaciones, de las fuentes, de los documentos relevantes, de la propia información o evidencia empírica. Las razones de la opción tomada residen, primeramente, en las connotaciones que ha adquirido el vocablo *revisión*, ya que han surgido varios notorios *revisionismos* y muy fuertes polémicas en torno a ellos. El uso de la palabra *resignificación*, en segundo lugar, se justifica desde que incorporamos a nuestras consideraciones el paradigma de la historia efectual, de índole hermenéutica, vale decir, centrado en los “acontecimientos de sentido (o de significado)” a que alude Gadamer.

2. Frecuencia y Radicalidad de las Resignificaciones en Historia Política

Nuestro primer paso hacia el tema elegido consiste en una conjetura, susceptible de enunciarse de este modo: dentro del conjunto de las especialidades consagradas en el ámbito de la historia, la de índole política ha concentrado los fenómenos de resignificación, tanto por frecuencia como por radicalidad. Dicho en otras palabras,

aunque existen casos de resignificación en historia social o económica o de la ciencia o de las religiones o de la cultura, son más numerosos los que se registran en la historia política, sean los referentes de ésta antiguos o modernos, nacionales o continentales, generales o sectoriales -historia de gobiernos, parlamentaria, de partidos, de políticas exteriores, electoral, etc. Se destacan también las resignificaciones de historia política por su mayor profundidad y amplitud, para la gran mayoría de los casos. Los cambios sustanciales en historia política aparecen, en síntesis, como más frecuentes y contundentes que los que se aprecian en otras especialidades de la disciplina.

La conjetura precedente debe fundarse, en algún grado. Procuraremos respaldar, en primer término, la aseveración numérica y luego la cualitativa, con lo que quedará abonada la síntesis -"la historia política concentra las resignificaciones".

Respecto de la mayor frecuencia, conviene señalar, para que no se sumen unidades diversas, que no toda reinterpretación en historia constituye una resignificación. Si así fuera, no habría otras novedades en esta materia que las resignificaciones, o sea, que cambios peculiarmente sustanciales. Todo se volvería trivial, o reiterativo, salvo lo drásticamente innovador, lo revolucionario. Nada aportaría una investigación que no rompiera con todas las anteriores, cosa que resulta evidentemente absurda.

Las resignificaciones representan sólo una clase de novedades de investigación e interpretación. La clase que se define por la sustitución del paradigma -de la teoría de alcance medio- que sustenta un conjunto abierto de abordajes de determinado objeto de investigación. Cuando se sustituye un paradigma por otro, el objeto se replantea, los problemas en su torno pasan a ser otros, las informaciones relevantes cambian -al menos por agregación de tipos de información de ese carácter- y cambian por consiguiente las fuentes y las técnicas de relevamiento.

Que una indagatoria se desenvuelva sobre un paradigma ya cultivado no la hace trivial ni limita de ninguna manera sus posibles logros. La adopción de un paradigma original, concomitantemente, no garantiza resultados notables, aunque sí novedosos. Una reinterpretación puede superar a una resignificación, por amplitud, densidad, solidez, etc. Pero puede ocurrir lo contrario.

Así entendidas, algunos casos admitidos como *revisiones* corresponden a reinterpretaciones y no a resignificaciones. En el terreno de la historia política, por ejemplo, hacer "historia de los de abajo" arrojará una reconstrucción muy sorprendente de la actividad de los partidos, en las democracias más o menos efectivas, pero no supone una sustitución del paradigma de las historias elitistas de esa actividad. Aquel enfoque no es compatible con el supuesto de la inercia de las masas en la vida política normal -que subyace casi todas las aproximaciones que sólo investigan a los dirigentes- y lo sustituirá con el contrario, lo que representa un cambio importante que redundará en muchos otros cambios interpretativos importantes. No se trata, sin embargo, de un paradigma alternativo, ya que cabe moverse sobre el supuesto elitista o sobre el supuesto democrático dentro de paradigmas vinculados a teorías economicistas o fundados en la autonomía de lo político, por ejemplo; en paradigmas pertenecientes a la historia estructuralista -sin narraciones y acontecimientos- o a la historia centrada en proyectos y decisiones, etc.

Así contadas, las resignificaciones surgen en historia política, aunque no proliferan,

mientras es difícil percibir una o dos en otras especialidades históricas. Asignamos, a título de incitaciones al debate, la calidad de resignificaciones a las siguientes posiciones.

- a) Las historias científicas étnicas, como la “historia negra” (*Black History*) estadounidense -acerca de cuyo desarrollo, publicaciones y autores existe amplia información en Internet. Dentro de esta reinterpretación se perfilan abordajes economicistas, politicocéntricos, narrativos, estructuralistas, etc. Pero todos ellos quedan sujetos a los grandes cambios de asuntos, personalidades, acontecimientos y fuentes que impone la decisión fundamental de exponer la historia según los negros, que lleva de inmediato a introducir actores negros en escenarios de los cuales estaban, de una u otra manera, excluidos. Esa circunstancia -la “historia negra” repercute sobre otras determinaciones teóricas, como los abordajes mencionados- revela que aquélla constituye una novedad, un replanteo de más alto nivel, más radical.

Cabe objetar a la referencia que hacemos aquí que la “historia negra” no es una resignificación correspondiente a la historia política sino a la sociocultural -o étnica. Debe admitirse, en efecto, que este nuevo paradigma no se despliega sólo en el terreno de la historia política; nos parece significativo, sin embargo, que sus impactos más drásticos se produzcan en ella. Mientras otros paradigmas habían recogido ya la trascendencia del trabajo negro -esclavo o no- en la economía estadounidense o de los aportes revolucionarios de la música afroamericana a la historia musical de ese país y de todo Occidente, la visualización de las luchas abolicionistas, de las rebeliones de esclavos y de la larga pugna por la igualdad de derechos civiles efectivos cambia la valoración de muchos procesos y protagonistas, agrega nombres al “panteón” de los Estados Unidos y estimula modificaciones metodológicas y técnicas de la investigación histórica.

- b) La honda reformulación de François Furet en *Pensar la Revolución Francesa*:

Lo que ocurre es que la erudición, si puede recibir el cúmulo de preocupaciones impuestas por el presente, nunca es suficiente para modificar la conceptualización de un problema o de un acontecimiento. Tratándose de la Revolución Francesa, la erudición puede en el siglo XX, bajo la influencia de Jaurès, de 1917 y del marxismo, derivar hacia una historia social, conquistar nuevos territorios. Sigue siendo dependiente, e incluso más que nunca, de un texto profundo que es el antiguo relato de los orígenes, que la sedimentación socialista ha renovado y fijado a la vez. Pero la influencia de la historia social sobre la historia revolucionaria, si bien ha abierto campos nuevos a la investigación sectorial, sólo ha desplazado la problemática del origen: el advenimiento de la burguesía ha sustituido al de la libertad, pero sigue tratándose, como en el caso precedente, de un advenimiento. Permanencia tanto más extraordinaria cuanto que la idea de una ruptura radical en la trama social de una nación es muy difícil de pensar; en este sentido, este desplazamiento historiográfico desde lo político hacia lo social subraya con tanta más

claridad la fuerza de la representación Revolución-advenimiento que aquél se hace mucho más incompatible con ésta. La contradicción intelectual aparece disimulada por la celebración del origen. MÁS QUE NUNCA, EN EL SIGLO XX EL HISTORIADOR DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA CONMEMORA EL ACONTECIMIENTO QUE NARRA O QUE ESTUDIA (Furet 1980, 20-21, Los énfasis son nuestros).

Pero este 'enfriamiento' del objeto 'Revolución Francesa', para hablar en términos de Levi-Strauss, no se logrará sólo con el paso del tiempo. Podemos definir las condiciones y reconocer los primeros elementos en la trama de nuestro presente. No creo que estas condiciones y estos elementos conduzcan definitivamente a la objetividad histórica; pienso que están provocando una modificación esencial en la relación entre el historiador de la Revolución Francesa y su objeto de estudio: vuelven menos espontánea y, por lo tanto, menos coactiva la identificación con los actores, la celebración de los fundadores o la execración de los disidentes.

En esta nueva perspectiva que me parece necesaria para renovar la historia revolucionaria percibo dos caminos: uno de ellos nace paso a paso, tardía pero inevitablemente de las contradicciones entre el mito revolucionario y las sociedades revolucionarias (o post-revolucionarias). El otro se inscribe dentro de las mutaciones del saber histórico.

Los efectos son cada vez más claros en el caso del primero. Escribo estas páginas a fines de la primavera de 1977, en un período en que la crítica del totalitarismo soviético y, aun más, de todo poder que se reclama marxista, ha dejado de ser el monopolio o el casi monopolio del pensamiento de derecha, para transformarse en el tema central de reflexión de la izquierda. Lo que en este caso interesa, cuando se hace referencia a estos conjuntos históricamente relativos que son la derecha y la izquierda, no es que la crítica de izquierda tenga más peso que la crítica de derecha, en la medida en la medida en que la izquierda tiene una posición culturalmente dominante en un país como Francia desde el fin de la segunda guerra mundial. Lo que verdaderamente cuenta es que la derecha, para hacer el proceso a la U.R.S.S. o a la China, no tiene necesidad de modificar ningún elemento de su herencia: le basta con permanecer dentro del pensamiento contrarrevolucionario. Por el contrario, la izquierda debe hacer frente a circunstancias que comprometen su sistema de creencias, nacido en la misma época que el otro. Por esta razón se ha negado durante tanto tiempo a hacerlo; por esta razón, aún en la actualidad, prefiere a menudo remendar el edificio de sus convicciones antes que interrogar la historia de sus tragedias. Pero, por último, esto no es demasiado importante. Lo que importa es que una cultura de izquierda, desde el momento en que ha aceptado reflexionar sobre los hechos, es decir, sobre el desastre que constituye la experiencia comunista del siglo XX, con respecto a sus propios valores, se ve obligada a forzada a criticar su propia ideología, sus interpretaciones, sus esperanzas, sus racionalizaciones. En ella es donde se ahonda la distancia entre la historia y la Revolución puesto que ella ha

creído que LA HISTORIA SE INCLUÍA POR COMPLETO EN LAS PROMESAS DE LA REVOLUCIÓN (Furet 1980, 22-23, El último énfasis es nuestro).

El exorbitante privilegio de la idea de revolución- estar fuera del alcance de toda crítica interna- está pues perdiendo su valor de evidencia. La historiografía universitaria, en la que los comunistas parecen haber continuado naturalmente la senda de los socialistas y de los radicales en la gestión de la conmemoración republicana, adhiere a aquella idea y toma muy en serio las tradiciones. Pero esta historiografía cada vez más crispada frente a su breve período como si se tratara de un patrimonio social, no padece simplemente los ataques de la devaluación conceptual de este patrimonio en el medio intelectual; le resulta difícil no sólo adherir sino también concebir LAS MUTACIONES INTELECTUALES INDISPENSABLES AL PROGRESO DE LA HISTORIOGRAFÍA REVOLUCIONARIA.

En efecto, lo que esta historiografía debería precisar no son ya sus opiniones sino sus conceptos. La historia en general ha dejado de ser ese saber en el que los 'hechos' deben hablar por sí mismos en la medida en que hayan sido establecidos siguiendo las reglas. La historia debe precisar el problema que quiere analizar, los datos que utiliza, las hipótesis sobre las que trabaja y las conclusiones que obtiene. El hecho de que la historia de la Revolución sea la última en comprometerse en esta senda de lo explícito, no se debe solamente a todo aquello que la empuja, generación tras generación, hacia el relato de los orígenes: se debe también a que este relato ha sido consagrado y canonizado por una racionalización 'marxista' que en el fondo no modifica para nada su carácter y que, por el contrario, dándole una apariencia de elaboración conceptual, la fuerza elemental que extrae de su función de advenimiento (Furet 1980, 24-25).

(...) Me parece que los historiadores de la Revolución han estado y seguirán estando en la disyuntiva entre Michelet y Tocqueville. Esto no quiere decir en la disyuntiva entre una historia republicana y una historia conservadora de la Revolución Francesa, puesto que estas dos historias estarían aún ligadas por una problemática común que precisamente Tocqueville rechaza. Otro es el elemento que los separa: MIENTRAS MICHELET REVIVE LA REVOLUCIÓN DESDE EL INTERIOR, COMULGANDO Y CONMEMORANDO, TOCQUEVILLE INVESTIGA PERMANENTEMENTE LA DISTANCIA QUE SUPONE QUE EXISTE ENTRE LAS INTENCIONES DE LOS ACTORES Y EL PAPEL HISTÓRICO QUE CUMPLEN. MICHELET SE INSTALA EN LA TRANSPARENCIA REVOLUCIONARIA, CELEBRA LA COINCIDENCIA MEMORABLE ENTRE LOS VALORES, EL PUEBLO Y LA ACCIÓN DE LOS HOMBRES. TOCQUEVILLE NO SE LIMITA A CUESTIONAR ESTA TRANSPARENCIA, ESTA COINCIDENCIA. PIENSA QUE ESTA TRANSPARENCIA NO DEJA VER LA EXTREMA OPACIDAD QUE EXISTE ENTRE LA ACCIÓN HUMANA Y SU SENTIDO REAL, OPACIDAD CARACTERÍSTICA DE LA REVOLUCIÓN COMO PERÍODO HISTÓRICO, A CAUSA DE LA FUNCIÓN QUE EN ELLA TIENE LA IDEOLOGÍA DEMOCRÁTICA. EXISTE UN ABISMO ENTRE EL BALANCE DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LAS INTENCIONES DE LOS REVOLUCIONARIOS (Furet 1980, 28, énfasis nuestros).

(...) De derecha o de izquierda, realista o republicano, conservador o jacobino, el historiador de la Revolución Francesa considera al discurso revolucionario como dinero contante y sonante puesto que se sitúa en el interior de ese discurso; el historiador ha concedido siempre a la Revolución los diferentes rostros que ella misma había usado, interminable comentario de un enfrentamiento cuyo sentido la Revolución habría expresado una única vez por boca de sus héroes (...) En este juego de espejos en el que el historiador y la Revolución confían en su palabra, puesto que la Revolución se ha transformado en la principal figura de la historia, la Antígona insospechable de los tiempos nuevos, Tocqueville introduce la duda en el nivel más profundo: ¿Y SI EN ESTE DISCURSO DE LA RUPTURA SÓLO EXISTIESE LA ILUSIÓN DEL CAMBIO? (Furet 1980, 29, énfasis nuestro).

Hemos citado tan largamente para dar cuenta de una resignificación excepcionalmente audaz, que redundante en múltiples novedades de narración, periodización, agonistas, etc. -como sucintamente expone Furet en las secciones siguientes de *La Revolución Francesa Ha Concluido*, primera parte de la obra mencionada. Justifica asimismo las extensas transcripciones el impronosticable, y probablemente inconciente, acercamiento del historiador francés a las inquietudes de la "historia efectual" del filósofo alemán Gadamer, sobre lo cual comentaremos más adelante.

- c) Aunque serían imprescindibles una gran cantidad de precisiones y deslindes -mediante los cuales se reduciría el *corpus* al que ahora queremos aludir a los autores y títulos genuinamente científicos de una tendencia mucho más amplia, reconocidamente heterogénea-, el Revisionismo rioplatense, muy en particular argentino, depara un caso respetable de resignificación, en historia política.

En ese *corpus* se modifican los escenarios y sus relaciones, particularmente los de Buenos Aires y las provincias, por un lado, y los nacionales e internacionales, por otro; se reinterpretan los caudillos como dirigentes y cuadros políticos, empezando por Artigas y Rosas; se analizan los vínculos del acontecer doméstico con las estructuras de poder mundial y con el acontecer diplomático; se sustituye el paradigma de Civilización y Barbarie; se cambia la perspectiva sobre la Guerra de la Triple Alianza y sobre el proceso paraguayo que termina con el desenlace de esa contienda; se cuestionan algunas percepciones históricas radicalmente eurocéntricas. De Adolfo Saldías en adelante, el Revisionismo Histórico viene encadenando la labor de varias generaciones de investigadores, ha incrementado notablemente la masa documental de consulta ineludible, ha abierto varias polémicas científicas cuya legitimidad no se discute ya. Superados los períodos de negación recíproca, la Historia llamada Oficial y el Revisionismo se influyen mutuamente -pese a que no cabe en absoluto hablar de una síntesis ni nada similar-, al menos de dos generaciones a la actualidad. En la lectura que hacemos de *Una Nación para el Desierto Argentino*, de Tulio Halperin Donghi, cuya hostilidad al Revisionismo parece fuera de toda duda, encontramos una captación compleja del gobierno rosista, marco que habilita el trazado de los proyectos de organización y desarrollo de cuya dialéctica surge para el autor la Argentina modernizada.

Aparte del cómputo de resignificaciones arraigadas en el terreno de la historia política, su trascendencia conceptual se desprende de las referencias que hemos formulado y de las transcripciones de Furet que constan antes. A título de ejemplo, una vez más, señalamos simplemente:

- a) Que la Historia Negra no se limita a agregar vivencias y personajes a la narración previa; penetra, en rigor, hasta el núcleo más íntimo de la historia constitucional estadounidense, hasta los episodios y las configuraciones de conciencia decisivos para que el “sueño americano” se convirtiera en una vigencia y no en una burla de la convivencia en los largos plazos. Hace justicia, por así decirlo, a la opción de todos los afroamericanos que lucharon a favor de la abolición de la esclavitud por incorporarse a esos principios democráticos que tan pertinazmente los excluían y fueron, en razón de ello, tanto o más *founding fathers* que los próceres que declararon la independencia o sancionaron la Constitución.
- b) Que la crítica de un especialista como Furet, abierto a toda la literatura sobre el asunto y abierto a la experiencia de su propio tiempo, descubre paradojas insuperables en la concepción de la Revolución Francesa como advenimiento -de la libertad republicana o luego, y peor, de una nueva clase dominante, la burguesía-, lo que lo lleva a proclamar como el texto más importante de aquella literatura uno hasta ese momento menospreciado -*El Antiguo Régimen y la Revolución*, de Alexis de Tocqueville-, al que reivindica más por su método -por sus paradigmas, diríamos- que por la sustancia de sus tesis. Furet, en efecto, entiende que el término *revolución* como cambio radical, como origen instantáneo, ha caducado y propone la reconstrucción del proceso revolucionario francés sobre nociones de cambio continuado y no de ruptura. Para legitimar la sustitución de paradigmas, debe remontarse a la índole del saber histórico y denunciar nada menos que a Michelet y toda una abrumadora mayoría de historiadores que celebran la Revolución, como si fuera la autoconciencia transparente de una “Antígona de los nuevos tiempos”. En lugar de ese vínculo celebratorio, preconiza Furet una labor historiográfica que “enfria” su objeto, que lo aferra mediante conceptos y que lo somete no a denigración -que sería una anticelebración afectada por iguales vicios epistemológicos que la celebración- sino a crítica.
- c) Que la resignificación lograda por una parte del Revisionismo Histórico rioplatense trata por primera vez con la objetividad de la historia científica a los caudillos y sus huestes, con lo cual puede evitar el elitismo insostenible de las historias apoyadas en la contraposición de Civilización y Barbarie. Aparecen en el visor de los historiadores, así, los movimientos populares de la insurrección independentista y del largo lapso de la Organización Nacional -en Uruguay, del desarrollo de la República surgida de la Convención Preliminar de Paz-; con ellos, se torna asunto de la historiografía el origen de partidos y tradiciones partidarias, una primera politización, sin la cual no puede comprenderse el desarrollo institucional de estos países, con su combinación de éxitos y frustraciones. Esta ampliación temática del quehacer de los historiadores propicia, por otra parte, estimulantes diálogos con

los científicos políticos, diálogos que la Historia Oficial no ha iniciado, más allá de la obra de Natalio R. Botana, que injerta ciencia política en una historia mitrista que se enriquece pero no se abre a aquella otra disciplina.

Con estos fundamentos numéricos y cualitativos, creemos que la afirmación de que la historia política concentra las resignificaciones adquiere plausibilidad, a la espera de posibles refutaciones. Esa concentración dice mucho, entretanto, acerca de la actividad política y sus instituciones. ¿Por qué son tantas y tan detonantes las reinterpretaciones de lo político?

Sin desestimar otras posibles, creemos que tres circunstancias lo explican:

- a) La palabra es la sustancia de la política, más que de ninguna otra práctica social. No sólo de la política democrática, aunque de ésta como de ninguna otra. Los regímenes de “la servidumbre voluntaria” presentan menos debates que las democracias pero un profuso aparato argumental debe inducir esa precisa servidumbre, mediante engaños o amenazas (Esteban de la Boétie). Salvo en las coyunturas de dominación estrictamente militar, las tensiones sociales afloran en controversias de variada índole o están mediatizadas o reprimidas, por ejemplo, en base a que no son idóneas o no son “patrióticas” o “de vanguardia”. Las resignificaciones suelen remover esas mediatizaciones o represiones, como en los casos de la Historia Negra y el Revisionismo Histórico rioplatense, de lo que surge uno o más torrentes de palabras, nuevos discursos y argumentaciones, cuestionamientos y valoraciones. Por causalidad estructural -ésta que desarrolló principalmente la lingüística-, un nuevo hablante cambia a todos los demás, por investigados que hayan sido con anterioridad.
- b) Algunas instituciones de la política tienden a amplificar los efectos de las reinterpretaciones. En rigor, todas las que expresan aspiraciones de universalidad, igualdad, participación, autogobierno: los derechos fundamentales, la ciudadanía, el sufragio universal, la representación pluralista parlamentaria, el carácter de normas abstractas y generales que tienen las leyes, el Estado de Derecho, etc. Que la abolición de la esclavitud en Estados Unidos no haya consistido en algo así como la maduración de una gran democracia sino la consagración de una demanda largamente sofocada revierte sobre ese período de represión y todos sus innegables logros democráticos. La perspectiva de los afroamericanos no sólo obliga a buscar nuevos documentos en fuentes hasta cierta época preteridas: complejiza toda la construcción y toda la experiencia - eminentemente verbales- de la democracia federal estadounidense, desde los orígenes hasta el deslizando presente que se desplaza siempre hacia el futuro.
- c) Como verbal y proyectiva que sustantivamente es, la política siempre amenaza al historiador como Furet ha descubierto: quiere darle las claves de su labor, pretende que la reconozca, no íntegramente pero sí en los que presenta como sus actos de fundación, como la proveedora de los sentidos básicos. La política se piensa como la historia -la historiografía- del futuro y por eso le “facilita” la tarea al que debe escribir la historia, en el futuro. Algo de esto mismo hacen la religión y el arte, también la economía y la ciencia, cuyas reflexiones ofrecen

configuraciones útiles a los historiadores de las respectivas especialidades. De hecho, sin embargo, desde que se disolvieron los integrismos y fundamentalismos religiosos -en Occidente-, sólo la política quiere estructurar las historias generales y todas sus especializaciones, directa o indirectamente. Sólo ella se ve como una Antígona, en la insuperable metáfora de Furet, que vela por los principios incommovibles, los exige a todos, prevalece sobre todos los demás interlocutores, sirve a la verdad con palabra libre, llega a la muerte si es necesario para salvar esa libertad y cumplir con aquella supremacía.

Una resignificación que libere al historiador de esa dependencia y lo ponga en la función del científico crítico sólo puede traducirse en novedades de gran envergadura y, por lo que hemos señalado, mucho más en historia política que en ninguna otra.

3. Alcance de la Resignificación en Historia Política y en Prácticas Interdisciplinarias

Estas novedades cognoscitivas por retorno a asuntos supuestamente concluidos, estas reaperturas investigativas que son las resignificaciones constituyen operaciones muy atractivas e influyentes. Muy polémicas y removedoras también, por lo que sólo algunos sujetos y grupos las aceptan, al menos en su legitimidad de planteo. En lo personal, me ha impresionado hondamente la intransigencia historiográfica que muchas personas apañan, se trate de historiadores o profesores, de individuos cultos en historia o de profanos que se aferran a groseros esquemones sustitutivos de un saber aceptable. La reinterpretación histórica se expone casi siempre a la recepción hiperemotiva, al fastidio y el resentimiento. Por todo eso, vale la pena tematizar sus múltiples implicaciones.

Nos centramos aquí en una de ellas, la del alcance que puede reconocerle una epistemología competente. La de la índole y el grado de la negación de las reconstrucciones anteriores en que se apoya la nueva, la rupturista. Muchos y muy heterogéneos son los móviles iniciales de una resignificación: étnicos, religiosos, partidarios, familiares, nacionalistas y localistas, etc. Todas esas pertenencias o lealtades poseen alguna narración que los textos académicos y de la educación formal no han recibido, en cualquiera de las modalidades de la exclusión. Las narraciones excluidas identifican héroes y antihéroes, momentos estelares y derrotas, datos y hasta posibles cuantificaciones. Cualquier presente está preñado de por lo menos fragmentos de historias alternativas, que pesan sobre las conductas y las relaciones aun cuando no hayan sido escritas. Deben haber sido y seguir siendo relatadas, conversadas, transmitidas, a veces en voz muy baja o en sitios recoletos. No hay que idealizar ni ignorar lo *underground*: mientras no se escriben y se someten a rigor metódico y a crítica -mientras no se vuelven en algún sentido académicas-, esas historias alternativas mantienen una vigencia disminuida, las afecta un carácter informe y una precaria difusibilidad. Para crecer en elaboración, deben traducirse o trascender a algún conjunto de preguntas. Las preguntas les abrirán su espacio cognoscitivo y les darán filo polémico, capacidad de cuestionamiento. Volveremos en la sección siguiente, cuando sinteticemos la noción gadameriana de la historia efectual, sobre las razones para elegir

la pregunta como estructura originaria y conductora de la producción de historia como saber completo. No queremos abandonar, en esta sección, lo atingente a los alcances de las negaciones resignificadoras.

Las preguntas pueden ser generales y, aparentemente, formalistas. Algunos ejemplos:

- ¿Fue tan terminante la derrota de las fuerzas x en la batalla y?
- ¿Por qué hicieron la guerra los sectores populares en tales períodos y en torno a la disputa x? ¿Fue todo leva y dependencia de clase?
- ¿Qué memorias y relatos han transmitido todos los sectores y todos los partidos de tal nación respecto de lo ocurrido en los períodos x e y?
- ¿Qué historia podría hacerse con base en este “disgusto”, en aquel “resentimiento”, en ese “mito”? Pueden las interrogantes, en cambio, aparecer en planos más sustantivos y particulares:
- ¿Cómo debería narrarse la historia si las autorías atribuidas a una élite, a una persona(lidad) inclusive, en el proceso x correspondieran, críticamente establecidas, a redes mucho más vastas o a masas anónimas orientadas a determinados propósitos?
- ¿Y si el Infame y sus secuaces de tal relato no lo hubieran sido tanto, o no lo hubieran sido siempre y con perspicacia tan luciferina?
- ¿Y si lo que me cuenta mi abuela y la maestra -o el profesor- no me deja contar en la escuela -o el Liceo o la Universidad- no fuera tan cretino y retrógrado?

Las preguntas se validan o no, en esta materia, según susciten acontecimientos y distingan conductas en el pasado, vale decir, según produzcan hallazgos en aquello que estaba ahí. Como estaba ahí, los hechos y los actores deben emerger documentados, objetivos, con la novedad de lo encontrado o de lo entendido pero no de lo proyectado por la interrogante y las narraciones que eventualmente la encuadran. Esa novedad puede resultar perfectamente análoga a la que obtiene el literato o el plástico pero será logro de historiador, que a lo sumo habrá consumado la hazaña de identificar documentos en referentes anteriormente considerados sin sentido, o la hazaña de leer o interpretar rigurosamente piezas leídas o interpretadas rigurosamente con significado distinto por otros historiadores. El revisor de la historia debe someterse a una especie de verificación semántica, que consiste en mostrar la objetividad del referente a que alude, lo que exige la mediación del documento, en sentido amplio - pictografía, escrito, mensaje oral, señal extralingüística como utensilios o viviendas, etc. Debe someterse a una segunda verificación, que podríamos llamar sintáctica, a la que también está sometido, como en el caso de la verificación semántica, el historiador no revisionista. La verificación sintáctica demanda que la o las respuestas a la o las preguntas que suscitan acontecimientos y conductas -o sea, hallazgos- no provoquen meras rupturas particulares en la historia preexistente sino narraciones alternativas -o reconstrucciones alternativas, digamos aquí para no adoptar sin fundamento adecuado una postura en la polémica sobre el relato historiográfico. Una refutación demasiado localizada no es reinterpretación de ninguna clase. La “historia académica” puede

absorberla, a través de ajustes o correcciones de su propia estructura. Hay sin embargo un límite al ajuste, pasado el cual sólo cabe salvar la verificación semántica con cambio estructural del relato o la reconstrucción, lo que invalidará sintácticamente la estructura inicial. Para que esta invalidación se produzca, la pregunta o las preguntas reinterpretativas deberán haber generado una estructura, narrativa o de otra índole. Dicho en otras palabras, si los hallazgos no se convierten en partes de una configuración equivalente, no impugnarán a la historia establecida. La consabida defensa académica que refuta un hallazgo rupturista reclamándole la inserción en un sistema de la envergadura del cuestionado es, al menos en historia y otras ciencias sociales, legítima.

Quienes sostienen las preguntas que suscitan hallazgos suelen desconocer que, admitido su éxito, no han accedido por lo común más que a una novedad limitada, aun si ésta crece a la reconstrucción estructural. Las reinterpretaciones históricas, entre ellas las propias resignificaciones que implican sustitución de paradigmas, instauran la polémica con las interpretaciones previas. Pero normalmente no *superan* el antagonismo, no absorben a aquellas reconstrucciones que impugnan. Para hacerlo, deben dar cuenta de todos los documentos de éstas, aunque con su propia lectura, naturalmente -de otro modo, su impugnación se diluiría. Cabe también que una tercera interpretación, síntesis o no de las que entraron en polémica, consiga la superación que no lograron las dos primeras. Mientras no surja la superación, la revisión histórica es tan insuficiente como aquello que niega, lo que no anula la negación pero no aniquila la negación que la construcción impugnada opondrá a la reinterpretación. Subsistirán, en esos casos, dos historias, recíprocamente críticas. Una situación muy frecuente, que propende a deslizarse hacia los concordismos superficiales, verbales, precarios.

Superado un antagonismo o prolongada como dos historias en mutua negación, cabe plantearse el alcance máximo de ciertas reformulaciones concretas. Por ejemplo, ¿hasta dónde una refutación tan rigurosa como la que Furet expone respecto de la Revolución Francesa concebida en términos de advenimiento permite una narración de cambios anónimos, desplegados en períodos extensos, relevantes pero no atribuibles a personas o élites? O también, ¿en qué medida la aceptación de lo que la Historia Negra implica e investiga, en cuanto a la heroica recepción que los esclavos negros hicieron de los principios de la Constitución y que redundó, la recepción y no la Constitución, en una democracia multirracial, reduce el pensamiento y las decisiones de los blancos a un antecedente entre otros de la influyente experiencia estadounidense? ¿Qué subsiste de una historia mitrista en la construcción científica, una parte del Revisionismo Histórico rioplatense, y por qué? ¿Porque Mitre hizo ciertas “concesiones” de antemano a una previsible réplica? ¿Porque San Martín fue, documentadamente, un actor por encima de los mensajes contrapuestos y de las pautas de vastos movimientos que guerrearían luego por tantas décadas? ¿O porque no es posible, de hecho o epistemológicamente, deponer sin excepciones un panteón muy investigado por un relato antagónico? ¿O porque una historia sin élites es tan insostenible como una historia que sólo a las élites asigna inquietud y trascendencia sociopolíticas?

Las reinterpretaciones, tomadas al menos en el problema de sus alcances, nos ponen ante los ojos una disciplina hermenutizada, vale decir, comprometida con relatos y fragmentos, con preguntas, con documentos -la mayor parte de ellos lingüísticos, escritos o no-, con verificaciones semántica y sintáctica conjugadas, con

negaciones de sentido y de validez. Hermeneutizada y llevada al terreno de la historia efectual gadameriana por Furet, en cuanto atribuye la opacidad de los fenómenos revolucionarios, en particular la Revolución Francesa, al vínculo celebratorio y no crítico del historiador con el referente, una observación que sólo puede encuadrarse en una teoría de la reconstrucción historiográfica en que el investigador constituya un componente tan activo como quienes vivieron los acontecimientos.

4. Consideraciones en términos de Historia Efectual

Hans-Georg Gadamer (Marburgo, Alemania, 1900-2002) expone prolijamente su visión de lo que llama la historia efectual en su libro clave, *Verdad y Método. Fundamentos de una Hermenéutica Filosófica*.

Sólo hay conocimiento histórico cuando el pasado es entendido en su continuidad con el presente (...) (Gadamer 1984, 399).

En la medida en que el verdadero objeto de la comprensión histórica no son eventos sino sus 'significados', esta comprensión no se describe correctamente cuando se habla de un objeto en sí y de un acercamiento del sujeto a él. En toda comprensión histórica está implicado que la tradición que nos llega habla siempre al presente y tiene que ser comprendida en esta mediación, más aun, como esta mediación (...) (Gadamer 1984, 400-401).

En este sentido el historiador va de algún modo más allá del negocio hermenéutico, y a esto responde el que en él el concepto de la interpretación obtenga un sentido nuevo y exacerbado. No se refiere sólo a la realización expresa de la comprensión de un determinado texto como es tarea del filólogo llevarla a cabo. El concepto de la interpretación histórica tiene más bien su correlato en el concepto de la EXPRESIÓN, concepto que la hermenéutica histórica no entiende en su sentido clásico tradicional como término retórico referido a la relación del lenguaje con la idea. Lo que expresa la 'expresión' no es sólo lo que en ella debe hacerse expreso, su referencia, sino preferentemente aquello que llega a expresarse a través de este decir y referirse a algo, sin que a su vez se intente expresarlo; es algo así como lo que la expresión 'traiciona'. En este sentido amplio el concepto de 'expresión' no se restringe al ámbito lingüístico, sino que abarca todo aquello detrás de lo cual merece la pena llegar a situarse para poder abarcarlo, y que al mismo tiempo es tal que no resulte imposible este rodeo. La interpretación tiene que ver aquí no tanto con el sentido intentado, sino con el sentido oculto que hay que desvelar (Gadamer 1984, 408-409).

(...) Pues lo que incita a la comprensión tiene que haberse hecho valer ya de algún modo en su propia alteridad. Ya hemos visto que la comprensión comienza allí donde algo nos interpela. Esta es la condición hermenéutica suprema. Ahora sabemos cuál es su exigencia: poner en suspenso por completo los propios prejuicios. Sin embargo, la suspensión de todo juicio y, a FORTIORI, la de todo prejuicio, tiene la estructura lógica de la PREGUNTA.

La esencia de la PREGUNTA es el abrir y mantener abiertas posibilidades. Cuando un prejuicio se hace cuestionable, en base a lo que nos dice otro o un

texto, esto no quiere decir que se lo deje simplemente de lado y que el otro o lo otro venga a sustituirlo inmediatamente en su validez. Esta es más bien la ingenuidad del objetivismo histórico, la pretensión de que uno puede hacer caso omiso de sí mismo (...) (Gadamer 1984, 369).

Rastreadremos, pues, la estructura de la verdadera conversación con el fin de dar relieve desde ella a este otro género de conversación que es el comprender textos (...).

Tendremos que tener en cuenta en primer lugar que el lenguaje en el que algo echa a hablar no es posesión disponible de uno y otro de los interlocutores. Toda conversación presupone un lenguaje común, o mejor dicho, constituye desde sí un lenguaje común. Como dicen los griegos, algo aparece puesto en medio, y los interlocutores participan de ello y se participan entre sí sobre ello. El acuerdo sobre el tema, que debe llegar a producirse en la conversación, significa necesariamente que en la conversación se elabora un lenguaje común. Este no es un proceso externo de ajustamiento de herramientas, y ni siquiera es correcto decir que los compañeros de diálogo se adaptan unos a otros, sino que ambos van entrando, a medida que se logra la conversación, bajo la verdad de la cosa misma, y es ésta la que los reúne en una nueva comunidad. El acuerdo en la conversación no es un mero exponerse e imponer el propio punto de vista, sino una transformación hacia lo común, donde ya no se sigue siendo el que se era (Gadamer 1984, 457-458).

Como se observa, la historia efectual, por concebirse hermenéuticamente, se nutre de una peculiar interpretación, que desde un presente constructor de sentido junto con los pasados “lee” textos y sucesos, en ambos casos más allá de los significados que se intentó emitir. La pregunta y la conversación abren posibilidades de comprensión, en un círculo que fusiona los horizontes interpretativos de los que vivieron y de quienes acceden a ellos, con elaboración del lenguaje de cada conversación. Los tiempos se interpenetran: el historiador participa de los hechos y los que actuaron cuando éstos se registraron interpelan, conversan, se reúnen con el historiador en la comunidad nueva de la verdad de la cosa misma.

La hermeneutización de la historiografía no supone la abolición del método o de la crítica de la validez de cuanto se dice -se relata, se cuantifica, se cita, se interpreta-, sino todo lo contrario: Gadamer denuncia ingenuidades del historicismo, del objetivismo, del positivismo... de todas las corrientes que carecen de cabal conciencia hermenéutica, por lo que entre otras cosas ignoran la influencia del presente en cualquier “pasado” reconstruido. Tampoco supone esa hermeneutización la rebaja de la trascendencia del establecimiento de los hechos y de todas las circunstancias de escenarios. La historia efectual no es historia de las palabras sino historia conciente de la mediación lingüística de cualquier acceso social, a sucesos y relaciones del “pasado” tanto como del “presente”. Mediación lingüística que lleva a la interpretación de la acción humana íntegra, percibida con una integralidad que ninguna otra teoría de la historia, probablemente, ofrece.

¿Adónde puede llegar la resignificación, en el marco de la historia efectual? No lo podemos fijar, ciertamente; y cabe no obstante aseverar que más lejos que con apoyo en cualquier otro marco teórico. Porque la impulsarán los significados que

elaboren, conversando, fusionados sus horizontes de comprensión, todos los actores de un proceso, inclusive los intérpretes-historiadores. Sobre documentos, en debate, elaborando lenguajes, pasando a ser en la verdadera conversación lo que no era ninguno al asumirla.

El historiador efectual va más allá del negocio hermenéutico, busca desentrañar más que textos, interpreta. Da rodeos para situarse detrás de aquello que vale la pena abarcar, para extraer a las situaciones los sentidos ocultos. Todos estos fundamentos y todas estas directrices de la comprensión histórica poseen una innegable eficacia de demolición de exclusiones (como la que la Historia Negra procura invalidar), de derribo de elitismos y recepción de la acción anónima o descalificada (operaciones que el mejor Revisionismo rioplatense emprende). En el lenguaje que todos los interlocutores elaboran para sustentar una verdadera conversación, ¿qué significado mantendría el “privilegio exorbitante” asignado a veces a las revoluciones de suponérselas continentes de toda la historia posterior?

Nos parece extraordinaria la aproximación de Furet a una comprensión perfectamente ajustada a la teoría de la historia efectual. No conocemos elemento alguno que haga pensar en lecturas minuciosas que el historiador francés hubiera realizado de los textos del filósofo Gadamer, cuya difusión e influencia eran todavía incipientes en la década de los setenta del siglo pasado.

Creemos que la convergencia se debe a la excepcional conciencia epistemológica que ambos habían logrado, en el cultivo de sus respectivas especializaciones, la hermenéutica rigurosa y la historiografía, con la Revolución Francesa como centro temático.

La historia hermenutizada, crítica, conciente de la presentaneidad ineludible de sus resultados dispone de múltiples enlaces con la politología. Entre rioplatenses y especialistas de asuntos rioplatenses, un problema histórico-politológico provee, entre otros seguramente, una oportunidad destacable de labor interdisciplinaria. Nos referimos a las primeras formaciones de índole partidaria, los “bandos” del período de “organización nacional”, en el espacio argentino y en la República Oriental. ¿De dónde provenía esa politización de masas? ¿De dónde su persistencia, o la persistencia de sus antagonismos definitorios (federales y unitarios, blancos y colorados)? ¿Cómo explicar sus capacidades gobernantes, diplomáticas, constitucionales, inexplicables para las reconstrucciones asimétricas, que sólo atribuyen personería a los doctores, marginalizando a los caudillos? ¿No fue también política la cultura analfabeta pero movilizadora y productora de caracteres enérgicos, masculinos y femeninos? Y no renunciaremos a la pregunta final, indefendible: ¿No habrá participado esa cultura de la vigorosa Ilustración hispanoamericana y no derivará entonces de ella la politización protopartidaria masiva?

Bibliografía

- Furet, F. 1980. *Pensar la Revolución Francesa*, traducción de Arturo R. Firpo. Barcelona: Ediciones Petrel S.A.
- Gadamer, H.G. 1984. *Verdad y Método. Fundamentos de una Hermenéutica Filosófica*, traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. Salamanca:

Ediciones Sígueme.